

ción del leninismo. Cuando pienso en Aragon, Eluard, Neruda y otros famosos poetas y escritores stalinistas, siento el escalofrío que me da la lectura de ciertos pasajes del *Infierno*. Empezaron de buena fe, sin duda.

El peregrinaje a la «Patria de Lenin» o del... «Socialismo (¿?) victorioso» muchas veces regurgitaba a la vuelta no sólo incensadas alabanzas a un régimen que representaba, en el fondo, «la perversión de la gran y hermosa tradición socialista»,¹⁹ sino hasta reflexiones en loor a... la reanudación del espíritu cristiano y la letra del Evangelio.²⁰ Muchos se olvidaron que fue Lenin el que desató el gran terror contra «los socialistas revolucionarios, sus compañeros de armas»,²¹ y el que fundó la Cheka, hoy universalmente conocida como la KGB. Pero hubo también muchos escritores honestos que, aunque viejos miembros de partidos comunistas, mantuvieron un ojo avizor y una conciencia limpia. Sin tratar de contextualizar aquí las polémicas filosóficas de Ignazio Silone —en su *Uscita di sicurezza*— o de Arthur Koestler, y tampoco las de Panaït Istrati contenidas en su trilogía *Vers l'autre flamme* (que Vallejo considera «el panfleto más apasionado y exagerado, pero a la vez el más documentado y minucioso», agregando que las acusaciones contra la URSS del «extraño rumano», bien siendo «rabiosas inyectivas», en fin de cuentas «son, en parte, fundadas»), nos limitaremos a parangonar, de vez en cuando, la *Rusia* de Vallejo con el ya celeberrimo *Retour de l'URSS* de André Gide.²²

Ya desde su llegada a Moscú, descrita con poéticos detalles en las primeras páginas, Vallejo se siente arrebatado por ese «burgo, entre mongol y tártaro, entre búdico y cismático-griego (*sic*)» aduciendo que «una tercera parte de la ciudad es ya nueva», con casas de reciente construcción. Y en esto despliega su ardor persuasivo:

¿Su estilo? Un estilo rigurosamente soviético. Sobriedad de concepción, líneas simples, ángulos rectos, material sólido, ingeniería despreocupada del absorbente mito monumental y decorativo de la arquitectura de Occidente. Nada más lejos, por otro lado, de la miseria arquitectónica de las «casas para obreros» que el capitalismo construye —cuatro muros y un techo—, como si se tratase de encerrar en ellas, no ya seres humanos, sino a boyadas de trabajo o ganado de camal. *Las casas proletarias del Soviet* son amplias, confortables, higiénicas. (La cursiva es nuestra.)

En este breve párrafo actúan las líneas generales de la apología vallejana de todo lo que es soviético: *primero*, la defensa absoluta de cualquier realidad —por más intractiva que fuera—, idea o hecho que el comunismo ha impuesto a la sociedad, *luego*, la crítica «destructora» de lo homólogo en la sociedad capitalista, y *final y apoteósicamente*, la proyección de la URSS y sus logros como dechado y norte a seguir. El formato de este método de agitación y propaganda sigue invariable y obstinadamente a lo largo

¹⁹ En Octavio Paz, op. cit., p. 272.

²⁰ En 1928, un cuáquero inglés, D.F. Buxton, escribía: «In the emphasis they place on the spirit of service, the Communists have taken to heart some of the most important maxims of the New Testament. [...] their society is a more Christian one than ours.» y otro cuáquero norteamericano, Henry Hodgkin, declaraba en 1932: «As we look at Russia's great experiment in brotherhood, it may seem to us that some dim perception of Jesus's way, all unbeknown, is inspiring it...». El decano de Cantorbery, Hewlett Johnson, consideraba la Rusia de Stalin como «singularly Christian and civilized...», en un artículo de Paul Hollander, «The Newest Political Pilgrims», publicado en la revista *Commentary*, August 1985, p. 40.

²¹ En Octavio Paz, op. cit., p. 235.

²² André Gide, *Retour de l'U.R.S.S.* (nfr. trentième édition). París, Gallimard, 1936.

МАССА

Кончался бой — и был убит солдат,
и, подбежав, сказал ему товарищ:
«Не умирай! Ведь я тебя люблю!»
Но тело все мертвело и мертвело.

И два других, склонившись, повторили:
«Не уходи! Воспрянь! Вернись к живым!»
Но тело все мертвело и мертвело.

Десяток, сотня, тысяча, сто тысяч,
на выручку бросаясь, закричали:
«Такой любви — и не осилить смерть!»
Но тело все мертвело и мертвело.

У изголовья встали миллионы
с единою мольбой: «Останься! Брат!»
Но тело все мертвело и мертвело.

И человечество тогда над ним склонилось.
Открыв глаза, несчастный, потрясенный,
труп медленно поднялся
и, первого обняв,
шагнул вперед...

de todo el libro. Lo que necesitamos saber, como lectores del libro, es si lo dicho por el autor es *la verdad*. Comparemos con la opinión de André Gide que, al visitar Moscú varios años después, siente una euforia por el ambiente humano, pero no puede dejar de sentir que «Les bâtiments, à quelques rares exceptions près, sont laids (pas seulement les plus modernes),...»²³

Afortunadamente para el marxismo victorioso, Vallejo no ve «la laideur» de esta ciudad, aunque sea esto la verdad monda y lironda, y deja su pensamiento vagar en coordenadas futuras:

Contemplando el panorama de Moscú, desde una de las torres del Kremlin, pienso en la ciudad del porvenir. ¿Cuál será el tipo de la urbe futura? La ciudad del porvenir, la urbe futura, será la ciudad socialista.

...

No es la ciudad del porvenir Nueva York. [...] Menester es que su producción y consumo se democraticen, se socialicen.

Es muy interesante notar, de paso, que César Vallejo desconocía los Estados Unidos, país que odiaba vehementemente, atribuyendo a la sociedad norteamericana cosas disparatadas como aquella de que «en los Estados Unidos, el progreso de la técnica ha determinado únicamente una cierta socialización del trabajo». Por otro lado, para él existen franceses, alemanes, ingleses pero no existen norteamericanos sino solamente *yanquis*, lo que le coloca entre los más reaccionarios *rednecks*, plantadores blancos del Sur que, desde los tiempos de Lincoln y de la Guerra Civil hasta el día de hoy, llaman despectivamente a los del Norte, *yanquis*; provoca, pues, cierta sonrisa verlo a Vallejo asistir a una conferencia, un debate, en postura de un plantador de Alabama o Georgia, llamándole al conferenciante «un delegado del partido comunista *yanqui* (sic) ante la Komintern». Para los rusos, el conferenciante es un «compañero» que sabe bien explicar los fenómenos de la revolución, pero para César Vallejo, ése sigue siendo un «yanqui» y nada más.

Por lo demás, y fuera de ese síntoma, la mejor información sobre la realidad mundial procede de fuentes soviéticas, siempre fidedignas, que no padecen de protervia. Habiendo así visitado el Instituto Central del Trabajo de Moscú —una de las mejores impresiones que experimentó en la URSS, según él—, el material documental ofrecido le fue suficiente para crearse una opinión:²⁴

Probablemente existen en los Estados Unidos centros técnicos parecidos, pero, *ateniéndome a los informes comparativos y documentos científicos procedentes del examen panorámico de la técnica mundial del trabajo, que se me mostró en aquel instituto ruso, dudo que ningún país capitalista haya llegado hasta ahora al grado de adelanto del Soviet en este terreno. (La cursiva es nuestra.)*

No le resultó nada rara al poeta la respuesta del doctor Goldberg, director del instituto, cuando le preguntó cuál era «el esfuerzo más importante de su laboratorio»:

— La supresión de la fatiga.

²³ En André Gide, op. cit., p. 36.

²⁴ En R, pp. 37-45.